

das, envió á la vanguardia para comenzar la escaramuza una nutrida tropa de arqueros y piqueros; el enemigo, luego de haberlos derrotado, los persiguió con encarnizamiento, y pasando después de la victoria á lo largo de la falange en que se encontraba Filopómeno, aunque sus soldados estuvieran briosos, éste no se movió de su lugar ni presentó batalla para auxiliar á sus huestes; pero habiendo consentido en verlas destrozarse ante sus ojos, emprendió la carga y atacó á la infantería cuando la vió abandonada por las gentes de á caballo. Aunque eran lacedemonios, como se las hubo con ellos en el momento en que creían tener ganada la partida, comenzaron pronto á desordenarse y pudo con facilidad vencerlos, persiguiendo luego á Macanidas. Este caso es en todo parecido al del señor duque de Guisa.

En la encarnizada batalla de Agesilao contra los beocios, en que Jenofonte se encontró, y á la cual llama la más terrible que jamás viera, Agesilao rechazó la ventaja que la fortuna le ofrecía de dejar libre el paso á las tropas beocias, y el atacarlas por la retaguardia, aunque de tal suerte tuviera por cierta la victoria, estimando que en ello había más argucia que valentía; y para mostrar su proeza, lleno de un ardor singular, prefirió embestir de frente, pero fué derrotado y herido, y se vió obligado á salir de su situación tomando el partido que había rechazado; al comienzo separó á sus gentes para dejar paso al torrente de beocios, y luego que hubieron desfilado, fijándose en que marchaban en desorden, como quien cree estar fuera de todo riesgo, los siguió y atacó por los flancos, mas no por ello pudo cortarles la retirada, porque se alejaron despacio, mostrándose siempre fieros hasta que se pusieron en salvo.

CAPÍTULO XLVI

DE LOS NOMBRES

Cualesquiera que sea la diversidad de hierbas de que se componga, el conjunto se comprende siempre bajo el nombre de ensalada; así, con motivo de hablar aquí de los nombres, quiero hacer un picadillo de diversos artículos.

Cada nación tiene algunos que se toman, no sé por qué razón, en mala parte, y entre nosotros los de Juan, Guillermo¹ y Benito. Parece haber en la genealogía de los príncipes ciertos nombres fatalmente predestinados á determinados países, como el de Tolomeo en Egipto, el de Enrique en Inglaterra, el de Carlos en Francia y el de Balduino en Flandes. En nuestra antigua Aquitania teníamos el de Guillermo, de donde se dice que por una singular

1. Según el Diccionario de Trévoux en lo antiguo se llamaba Guillermo en Francia á las personas de que no se hacía gran caso.

casualidad deriva el nombre de Guiena. Esta derivación parecerá extraña á primera vista, pero todavía se encuentran algunas cosas más peregrinas en las obras de Platón mismo.

Es una cosa sin importancia, mas sin embargo digna de memoria por su extrañeza, y escrita por testigo ocular, que Enrique, duque Normandía, hijo de Enrique II, rey de Inglaterra, en ocasión en que daba un banquete en Francia, los nobles concurrieron á la fiesta en número tan considerable, que habiendo por pasatiempo dividiéndose en grupos por la semejanza de sus nombres, en el primero, que fué el de los Guillemos, hubo hasta ciento diez caballeros sentados á la mesa que llevaban este nombre, sin contar los criados, ni los que no eran más que simples gentilhombres.

Tan curiosa como distribuir las mesas por los nombres de los asistentes era la costumbre del emperador Geta, el cual ordenaba el servicio de los diversos platos de carnes atendiendo á la letra con que éstas empezaban; servíanse primero aquellas cuya inicial era la M, y así los demás manjares.

Dícese que es conveniente tener buen nombre, es decir, reputación y crédito; pero además es también útil tener uno sonoro y que fácilmente pueda pronunciarse y retener en la memoria, pues de tal suerte, los reyes y los grandes nos conocen con mayor facilidad, y nos olvidan menos. Entre los criados de nuestro servicio, mandamos más ordinariamente y empleamos con más frecuencia á aquellos que tienen uno cuya pronunciación es cómoda y que viene á la lengua con mayor facilidad. Yo he visto al rey Enrique II no poder mentar á derechas á un gentilhombre de esta provincia de Gascuña; y porque era muy raro el que llevaba una camarera de la reina, el mismo rey Enrique II creyó oportuno designarla con el dictado general de la casa á que pertenecía. Sócrates estimaba digno del cuidado paternal el dar á los hijos un nombre hermoso.

Refiérese que la fundación de Nuestra Señora la Grande, de Poitiers, debió su origen á que un joven de malas costumbres que vivía allí, habiendo llevado á su casa una doncella á quien preguntó su nombre, que era el de María, sintióse tan vivamente ganado, al oírlo, por los sentimientos piadosos y por el respeto del dictado sacrosanto de la Virgen, madre de nuestro Salvador, que no sólo la dejó marchar, sino que se enmendó de sus yerros para todo el resto de su vida. En consideración de este milagro fué edificada en la misma plaza donde estaba la casa del joven, una capilla bajo la advocación de Nuestra Señora, y luego la iglesia que hoy vemos. Esta conversión, vocal y auricular, tocó derecha en el alma del pecador. La siguiente, del mismo género, insinuóse por mediación de los sentidos corporales. Estando Pitágoras en compañía de unos jóve-

nes, á quienes oía fraguar una conjuración, enardecidos como se hallaban por la fiesta que celebraban, que tenía por fin asaltar una casa de mujeres honradas, ordenó que la orquesta cambiara de tono, y merced á una música grave, severa y espondáica, encantó dulcemente el ardor juvenil, y lo adornó.

La posteridad no dirá que nuestra reforma religiosa actual no ha sido de todo punto escrupulosa, pues no sólo ha combatido vicios y errores y llenado la tierra de devoción, humildad, obediencia, paz, y toda suerte de virtudes, sino que también ha llegado hasta á combatir nuestros antiguos nombres de Carlos, Luis, Francisco, para poblar el mundo de Ezequieles, Malaquias y Matusalenes, los cuales están mucho más conformes con la verdadera fe cristiana. Un gentilhomme, vecino mío, comparando las ventajas del tiempo viejo con el nuestro, no se olvidaba de señalar la altivez y magnificencia de los nombres que llevaba la nobleza de antaño, los Grumedan, Quedragan, Agesilan; y añadía que sólo al oírlos resonar se advertía que aquellos que los ostentaban eran gentes de otro temple que los Pedros, Guillot y Migueles.

Yo apruebo á Santiago Amyot el haber dejado los nombres en latín en un sermón francés, sin alterarlos ni cambiarlos para darles una cadencia nacional. Esto parecía algo rudo al principio, pero ya el uso, merced al crédito que alcanzó su traducción de Plutarco, ha hecho que ninguna extrañeza veamos en dejarlos sin alterar. También he deseado con frecuencia que los que escriben las historias en latín, dejaran los nuestros como son en francés, pues haciendo de Vaudemont *Vallemontanus*, y metamorfoseándolos así para aderezarlos á la griega ó á la romana, no sabemos dónde estamos, y perdemos el conocimiento de ellos.

Para concluir con este aserto, diré que es una costumbre detestable en nuestra Francia y de muy malas consecuencias, el designar á cada uno por el nombre de su tierra ó señorío, contribuyendo además á confundir y á hacer que las familias se desconozcan. El menor de una casa rica, que recibió en herencia una tierra con el nombre de la cual ha sido conocido y honrado, no puede, procediendo buenamente, abandonarle; diez años después de su muerte la tierra cae en manos de un extraño que toma igual dictado; calcúlese, pues, cómo de tal modo vamos á conocer á los hombres. No hay necesidad de buscar otros ejemplos: podemos encontrarlos, sin salir de la casa real de Francia, pues en ella ha habido tantas reparticiones como sobrenombres, por lo cual desconocemos el dictado mismo del tronco. Hay tan grande libertad en estos cambios, que en mis tiempos no he visto á nadie elevado por la fortuna á alguna categoría extraordinaria, á quien no se haya agre-

gado en seguida títulos genealógicos nuevos é ignorados de sus padres, y á quien no se haya hecho injertar con alguna rama ilustre; las familias más oscuras son las más susceptibles de falsificación. ¿Cuántos gentilhombres tenemos en Francia que se creen descender de linaje real? Mayor número, según sus cuentas, que según las cuentas de los demás, dijo ingeniosamente uno de mis amigos. Hallábanse varios reunidos á fin de solventar la querrela de un señor contra otro; el uno tenía á la verdad cierta prerrogativa de títulos y alianzas que le colocaban por cima de la común nobleza. Sobre el propósito de tal prerrogativa, cada cual quería igualarle, quién alegando un origen, quién otro, quién la semejanza del nombre, quién la de las armas, quién un viejo pergamino de familia, y el que menos demostraba ser biznieto de algún rey ultramarino. Como la cosa aconteció estando para sentarse á la mesa, el primero, en lugar de ocupar su sitio, retrocedió deshaciéndose en profundas reverencias, suplicando á la asistencia que le excusara por haber incurrido hasta entonces en la temeridad de considerarlos como á compañeros; y pues que había sido informado de sus timbres de nobleza, comenzaba á honrarlos según sus respectivas categorías, no siéndole ya dable sentarse en medio de tantos principes. Después de esta broma, lanzóles mil injurias: «Contentémonos, les dijo, por Dios, con lo que nuestros padres se conformaron, y con lo que somos; somos lo suficiente, si cada cual sabe mantenerse en su papel; no reneguemos de la fortuna y condición de nuestros abuelos, y desechemos esas fantasías estúpidas, que no pueden menos de poner en ridículo á quien tiene el mal gusto de alegarlas.»

Ni los escudos de armas ni los sobrenombres tienen seguridad alguna de duración y permanencia. Mis atributos son el azul sembrado de tréboles de oro, y una garra de león del mismo metal, armada de gules, que lo cruza. ¿Qué privilegio tiene este escudo para pertenecer siempre á mi casa? Un yerno vendrá que lo trasladará á otra familia: algún comprador mezquino hará quizás de él sus primeras armas. No hay cosa que esté más sujeta á mutación y á confusión.

Esta consideración me lleva á tratar otro asunto diferente. Sondeemos de cerca, consideremos en qué fundamos esa gloria y reputación por la cual el mundo se desquicia. ¿Sobre qué fundamentos se sostiene ese renombre que vamos mendigando é implorando á costa de tan hercúleo trabajo? ¿Es, en conclusión, Guillermo ó es Pedro quien merece la recompensa, aquél á quien corresponde el galardón? ¡Oh, engañadora esperanza que en una cosa perecedera remontas en un momento al infinito, la inmensidad, la eternidad, y llenas la indigencia de tu dueño de la posesión de todas las cosas que puede imaginar y desear! La

naturaleza suministró con esto un agradable juguete. Y ese Pedro y ese Guillermo, qué son en conclusión, sino una palabra, ó tres ó cuatro trazos de la pluma, tan fáciles de alterar, que yo preguntaría como la cosa más natural del mundo: ¿á quién corresponde el honor de tantas victorias? ¿Á Guesquin¹ ó Glesquin, ó á Gueaquin? Mayor fundamento habría aquí para cuestionar que en Luciano, quien escribió la disputa de la Σ y la T; pues como Virgilio sienta:

Non levía aut ludicra petuntur
Præmia²:

el caso es importante; trátase de saber cuál de esas dos letras debe ser retribuida por el honor ganado en tantos sitios, batallas, heridas, prisiones y servicios prestados á la corona de Francia por aquel su famoso condestable.

Nicolás Denisot no ha conservado más que las letras de su nombre, que forman anagrama, y cambió toda la contextura del mismo para edificar el de *Conte de Alsinois*, al cual ha gratificado con la gloria de sus obras poéticas y pictóricas. El historiador Suetonio no guardó más que el sentido del suyo; y desechando el Lenis, que era el sobrenombre de su padre, se quedó con el de Tranquilo, heredero de la reputación de sus escritos. ¿Quién creerá que el capitán Bayardo no tuvo más honor que el que le prestaron las acciones de Pedro del Terrail, y que Antonio Escalin se dejó robar á ojos vistas el honor de tantas expediciones y cargos como hizo y ejerció por mar y tierra, por el capitán Poulin y por el barón de la Garde³?

Consideremos además que los nombres son sólo trazos caligráficos, comunes á millares de individuos. ¿Cuántas personas existen en todas las razas con igual nombre y apellido? La historia habla de tres Sócrates, cinco Platones, ocho Aristóteles, siete Jenofontes, veinte Demetrios y veinte Teodoros. Imagínese cuántos habrán vivido de quienes aquélla no habla para nada. ¿Quién impide á mi palafrenero el llamarse Pompeyo el Grande? Mas, después de todo, ¿qué medios ni qué recursos existen para impedir que mi mismo palafrenero una vez muerto, y aquel otro hombre á quien cortaron la cabeza en Egipto, compartan la voz gloriosa de la fama, y que de ella reciban el fruto?

Id cinerem et manes credis curare sepultas⁴?

1. Menage en su *Diccionario etimológico* dice que se llamó á Duguesclin de catorce maneras distintas: *du Guéclin, du Gayaquin, du Guesquin, Guesquinius, Guesclinius, Guesquinas*, etc.

2. No se trata aquí de un premio de poca monta. VIRGILIO, *Eneida*, XII, 784.

3. Antonio Escalin era su nombre verdadero.

4. ¿Acaso pensáis que todo eso puede interesar á las frias cenizas y á los manes que la tierra cubre? VIRGILIO, *Eneida*, IV, 34.

¿Qué conocimiento tienen los dos émulos en valor, Epaminondas, de este glorioso verso que tantos siglos há corre de boca en boca:

Consiliis nostris laus est attrita Laconum¹;

ni Escipión el Africano de estos otros:

A sole exoriente, supra Mæoti' paludes,
Nemo est qui factis me equiparare queat².

¿Los vivos se embriagan con la dulzura de tales elogios, é instigados por ellos, sedientos de celo y deseo prestan inconsideradamente por fantasía á los muertos la pasión que á ellos les anima. Y poseídos de una engañadora esperanza se creen á su vez fuertes para experimentar aquélla. Dios lo sabe. De todos modos,

Ad hæc se
Romanus, Graiusque, et Barbarus induperator
Erexit; causas discriminis atque laboris
Inde habuit: tanto maior famæ sitis est, quam
Virtutis³!

CAPÍTULO XLVII

DE LA INCERTIDUMBRE DE NUESTRO JUICIO

Este verso encierra una verdad:

Εἰκέων ἰδέ πολλός, νομῶς ἔθθα καὶ ἔθθα⁴.

« Existe libertad cabal para hablar de todo en pro ó en contra ». Por ejemplo:

Vince Hannibal, e non seppè usar poi
Ben la vittoriosa sua ventura⁵.

Quien opinara con nuestros contemporáneos que fué un yerro el no haber perseguido á nuestros enemigos en Montcontour; ó quien acusara al rey de España⁶ por no haber sabido sacar partido de la victoria que alcanzó contra nosotros en San Quintín, podría alegar como prueba de

1. Ante mi gloria Esparta abatió su orgullo. (Este verso, traducido del griego por Cicerón (*Tuscul.*, V, 17), es el primero de los cuatro que se pusieron en el pedestal de la estatua de Epaminondas.)

2. Desde que la aurora aparece hasta que el sol se oculta no hay un guerrero cuya frente esté cubierta de tan nobles laureles. CICERÓN, *Tusc.*, V, 17.

3. ¡He aquí la esperanza que inflamó á los generosos griegos, á los romanos y á los bárbaros, y lo que les hizo sufrir mil penalidades y afrontar mil peligros: tan evidente es que el hombre está más sediento de gloria que de virtud! JUVENAL, *Sát.*, X, 137.

4. HOMERO, *Iliada*, XX, 249.

5. Anibal venció á los romanos, mas no acertó á sacar partido de la victoria.

PETRARCA, *tercera parte de los sonetos*, fol. 141, edic. de Gabriel Giolito.

6. Felipe II.

su aserto que esta falta proviene de un alma cegada por la buena estrella, y de un ánimo que, encontrándose plenamente colmado por semejante comienzo de bienandanza, pierde el deseo de acrecentarla, por encontrarse demasiado imposibilitado de digerir la que ya posee. Sus brazos abarcaron por completo la fortuna, ya no puede extenderlos más; porque, ¿qué provecho experimenta el vencedor, si consiente á su enemigo adquirir vigor nuevo? ¿Qué esperanza puede tenerse de que comience un nuevo ataque cuando el enemigo se encuentre ya unido y repuesto, y de nuevo armado de despecho y de venganza, quien no osó ó no supo perseguirlo cuando estaba quebrantado y atemorizado?

Dum fortuna calet, dum conficit omnia terror *?

Y, en suma, ¿qué puede esperar de más ventajoso que lo que acaba de perder? Porque, en una batalla, no acontece lo mismo que en la esgrima, en la cual el número de acometidas hace ganar al adversario; mientras éste se mantiene en pie deben comenzarse de nuevo los ataques; no hay victoria posible cuando ésta no pone término á la guerra. En la escaramuza en que César corrió grave riesgo cerca de la ciudad de Oricum², dijo á los soldados de Pompeyo, que de haber sabido éste aprovecharse de la victoria, él hubiera sido perdido. César, cuando le llegó su turno de ganar, que fué pocos días después, mostró á Pompeyo que sacaba mejor provecho de las derrotas de sus enemigos.

Mas, ¿por qué no alegar la razón contraria, y asegurar en este caso que es propio de un espíritu precipitado é insaciable el no saber poner fin á su codicia; que es abusar de los favores de Dios quererlos hacer perder la medida que el Señor les ha prescrito, y que arrojarle al peligro después de la victoria es empujarla de nuevo hacia el acaso; que la mayor prudencia en el arte militar consiste en no lanzar á la desesperación al enemigo *?... Mario y Sila, en la guerra social, derrotaron á los marsos, y viendo luego que todavía quedaba una tropa de reserva que, movida por la desesperación, se les acercaba cual si fueran bestias furiosas, no quisieron hacerla frente. Si el ardor del señor de Foix no le habría impelido á perseguir con rudeza extrema á los últimos supervivientes de la victoria de Ravena, no hubiera entristecido con su muerte la batalla; sin embargo, la reciente memoria de su ejemplo sirvió á preservar al señor de Enghien de semejante desdicha en el combate de Cerisole. Es peligroso acorrallar á un hombre á quien se ha despojado de todo otro medio de escapar que haciendo uso de las armas, pues la necesidad es una violenta escuela: *gravissimi sunt morsus irritatæ necessitatis*.

1. Cuando el hado lo arrastra todo, cuando todo cede ante el terror. LUCANO, VII, 734.

2. Ciudad del Epiro.

Vincitur haud gratis, jugulo qui provocat hostem *.

He ahí por qué Farax no permitió al rey de Lacedemonia, que acababa de ganar la batalla contra los mantineos, afrontar á mil argianos que habían logrado escapar de la derrota; los dejó huir con entera libertad por no probar el empuje del vigor, picado y despechado por la desdicha. Clodomiro, rey de Aquitania, después de la victoria, persiguió á Gondomar, rey de Borgoña, el cual, vencido y huido como se encontraba, obligó á aquél á volver la espalda. El tesón de Clodomiro le arrancó el fruto del combate, pues fué causa de que perdiera la vida.

De un modo análogo, quien hubiera de escoger entre los dos medios siguientes, ó presentar sus soldados rica y suntuosamente armados, ó armados sólo de lo más indispensable, se inclinará al primer partido, del cual fueron Sertorio, Filopómeno, Bruto, César y otros, alegando que es un aguijón del honor y de la gloria para el soldado el verse bien ataviado, y una razón de más para dirigirse con obstinación al combate el tener que defender sus armas como sus bienes y heredades. Por esta razón, dice Jenofonte, los asiáticos llevaban consigo á la guerra sus mujeres y concubinas, sus joyas y riquezas más estimadas. Mas por otra parte, puede muy bien alegarse que debe más bien quitarse al soldado toda idea de conservar riquezas y que es mejor acrecentárselas, pues de aquel modo temerá doblemente el perder la vida; además, se aumenta en el enemigo el ansia de la victoria, con el fin de apoderarse de los ricos despojos de los combatientes; y se ha notado que en ocasiones, ese deseo duplicó la fuerza de los romanos en la guerra contra los samnitas. Mostrando Antioco á Anibal el ejército que tenía armado contra los romanos, que era pomposo y magnífico en toda suerte de aprestos, preguntóle: «¿Se conformarán mis enemigos con estas fuerzas? — ¿Si se conformarán? yo lo creo, por muy avaros que sean.» Licurgo prohibía á sus soldados, no sólo la suntuosidad en el apresto, sino también que despojaran al enemigo cuando le habían vencido, queriendo, decía, que la pobreza y la frugalidad brillasen en sus tropas.

En los combates, ó en otro lugar cualquiera en que la ocasión nos pone cerca del enemigo, concedemos de buen grado licencia de desafiarle á nuestros soldados, de menospreciarle é injuriarle con toda suerte de impropiedades, y no sin visos de razón; pues no es cosa de poca monta arrancarle toda esperanza de transacción y gracia, haciéndole ver que no hay lugar á esperar tregua ninguna de quien hemos recibido tan duros ultrajes, y que no hay otro remedio más que la victoria; tal costumbre, sin embargo,

1. El que desafía la muerte casi nunca la recibe sin causarla. LUCANO, IV, 275.

engañó á Vitelio, pues en su lucha con Otón, cuyos soldados, hallándose desacostumbrados á la guerra de larga fecha y dominados por la molición de la ciudad, aquél los molestó tanto con palabras picantes, echándoles en cara su pusilanimidad y el sentimiento de las danzas y fiestas que acababan de dejar en Roma, que por tal camino hicieron de tripas corazón, poniendo en práctica lo que ninguna exhortación había logrado de ellos, y cayeron sobre Vitelio impetuosamente. En verdad, cuando las injurias tocan á lo vivo, pueden dar fácilmente ocasión á que el que se dirige con flojedad á la lucha por la querrela de su rey, vaya en otra disposición distinta por su propia honra.

Considerando de cuánta importancia sea la conservación del jefe en un ejército, y que el fin preponderante del enemigo mire principalmente esa cabeza que sostiene todas las demás, parece que debiera aceptarse el consejo que vemos fué practicado por muchos grandes capitanes de disfrazarse en el momento de la lucha; sin embargo, el inconveniente que acarrea este medio no es menor que el que se procura huir, pues siendo el capitán desconocido de los suyos, el valor que adquieren los soldados con su presencia y ejemplo, llega á faltarles, y perdiendo la vista de sus marcas é insignias acostumbradas, le juzgan ó muerto ó escapado de la lucha por desesperanza de ganarla. La experiencia nos muestra que unas veces fué favorable y otras adversa esta estratagemata. El accidente de Pirro en la batalla que libró contra el cónsul Cevino en Italia, puede servir para inclinarnos á uno ó á otro parecer, pues por haber querido ocultarse bajo la armadura de Megacles, y haberle dado la suya, pudo muy bien salvar su vida, pero le faltó poco para perder la victoria. Alejandro, César y Luculo gustaron de señalarse en el combate, cubriéndose de suntuosos atavíos de brillantes colores. Agis, Agesilao y el gran Gilipo, al contrario, iban á la guerra vestidos modestamente, sin insignias ni adornos imperiales.

En la batalla de Farsalia, entre otras censuras que se dirigieron á Pompeyo, se cuenta la de haber hecho detener á su ejército á pie firme para esperar al enemigo. Con semejante conducta (citaré aquí las palabras de Plutarco, que valen más que las mías), «debilitó la violencia que la carrera procura al primer ataque, y al propio tiempo hace desaparecer el empuje de los combatientes unos contra otros, el cual los llena de impetuosidad y furor, mejor que otro cualquiera procedimiento táctico; el choque, los gritos y el arranque duplican el calor de la refriega». Tal es el parecer de Plutarco. Mas si César hubiese perdido la batalla, hubiérase podido decir, por el contrario, que el orden de combate más fuerte y seguro es aquel en que un ejército se mantiene á pie firme, sin menearse siquiera; y que el que se detiene en su marcha, economizando y concentrando sus

fuerzas en sí mismo, lleva gran ventaja contra el que se agita, el cual ha malgastado ya en la carrera la mitad de su impetu; además, siendo el ejército un cuerpo de tan diversas unidades, es imposible que se mueva en medio de la furia con movimiento tan exacto que el orden no se altere ó rompa, y que el soldado mejor dispuesto á la lucha no se halle en peligro antes de que su compañero pueda socorrerle. En la vergonzosa batalla que sostuvieron los dos hermanos persas, Clearco, lacedemonio, que mandaba á los griegos del partido de Ciro, los condujo á la carga valientemente, pero sin apresurarse; mas cuando se hallaban á cincuenta pasos del enemigo, dió orden de atacar á la carrera, esperando, merced á la escasa distancia, provechar mejor el impetu y conservar el orden, procurándoseles ventaja en la acometida, así para las personas como en el empleo de las armas punzantes que disparaban. Otros resolvieron esta duda en sus ejércitos del siguiente modo: «Si el enemigo corre hacia vosotros, aguardadle á pie firme; si el enemigo os espera, corred hacia él.»

En la expedición que el emperador Carlos V hizo á Provenza, el rey Francisco tuvo ocasión de elegir entre salirle al encuentro á Italia ó aguardarle en sus tierras; y bien que nuestro monarca considerase cuánta ventaja sea conservar la casa pura y limpia de los trastornos de la guerra, á fin de que, guardando íntegras sus fuerzas, pueda proveer á los gastos con recursos y hombres en caso necesario; teniendo en cuenta que, la necesidad del combatir obliga á todos á hacer sacrificios que no pueden realizarse sin pérdidas en nuestros propios dominios; que si el habitante del país no soporta de buen grado los destrozos del soldado enemigo, peor todavía resiste los del francés, de suerte que esta circunstancia podía encender fácilmente entre nosotros trastornos y sediciones; que la licencia de robar y saquear, la cual no puede ser consentida en su propio país, constituye un gran alivio á los males de la guerra, y quien no tiene otra esperanza de lucro si no es su sueldo, es difícil que se mantenga en el cumplimiento estricto de su deber, encontrándose cerca de su mujer y de su casa; que el que pone el mantel paga siempre los gastos del festín; que hay satisfacción más grande en sitiarse que en defender; y que la sacudida que ocasiona la pérdida de una batalla en nuestros dominios es tan violenta, que hace muy difícil el impedir el movimiento de todo el cuerpo, en atención á que ninguna pasión existe tan contagiosa como la del miedo, ni que se adquiere más sin motivos, ni que se extienda más bruscamente; que las ciudades que oyen el estallido de esta tempestad á sus puertas, que recogen sus capitanes y sus soldados temblorosos y sin aliento, hay grave riesgo de que en ese instante de pánico tomen alguna determinación extrema, y otras mil razones

análogas, de todas suertes, Francisco I se determinó á llamar las fuerzas de que disponía del otro lado de los montes, y á ver acercarse al enemigo; pues bien pudo imaginar, en contra de todo lo expuesto, que encontrándose en su casa, entre sus amigos y vasallos, no podía menos de recabar ventajas grandes; los ríos y los caminos á su disposición, conduciríanle viveres y recursos con seguridad cabal y sin necesidad de escoltas; que tendría á sus súbditos tanto más á su albedrío, cuanto que ellos verían el peligro más de cerca; que disponiendo de tantas ciudades y murallas para su albergue y defensa, no estaba sino en su mano conducir el orden de combate según lo creyera más oportuno ó ventajoso; y si le venía en ganas contemporizar, al abrigo y cómodamente podría ver enfriarse al enemigo y perder fuerzas por sí mismo, á causa de las dificultades que encontraría luchando en tierra extraña, en la que no tendría delante, ni tras él, ni á su lado, nada que no le fuese adverso, al par que no acariciaría la ventaja de refrescar ó ensanchar su ejército si las enfermedades le atacaban, ni tampoco podría poner en salvo sus heridos; ni recursos ni otros viveres poseería que los que á punta de lanza se procurara, ni espacio para descansar y tomar aliento, ni conocimiento de los lugares ni del país, que pudiera defenderle de las sorpresas y emboscadas; y por último, si salía perdiendo en alguna batalla, tampoco dispondría de medios para salvar los despojos. Para adoptar uno ú otro partido, presentábanse razones sobradas.

Escipión optó por ir á sitiar las tierras de su enemigo al África mejor que defender las suyas y combatirle en Italia, donde se encontraba, con lo cual salió ganancioso. Anibal, por el contrario, se arruinó en esa misma guerra por haber abandonado la conquista de un país extranjero y preferido defender el suyo. Habiendo los atenienses dejado al enemigo en sus tierras para dirigirse á Sicilia, tuvieron la fortuna contraria; pero Agátocles, rey de Siracusa, la tuvo de su parte cuando pasó al África y dejó sus Estados ardiendo en guerra.

Así acostumbramos á decir con razón sobrada que los acontecimientos y el desenlace de los mismos dependen en las cosas de la guerra, principalmente de la fortuna, la cual se opone á plegarse á nuestra prudencia y á nuestras reflexiones, como rezan los versos siguientes:

Et male consultis pretium est; prudentia fallax
Nec fortuna probat causas, sequiturque merentes,
Sed vaga per cunctos nullo discrimine fertur.
Scilicet est aliud, quod nos cogatque regatque
Majus, et in proprias ducat mortalia leges ¹.

1. A veces la imprudencia triunfa y la mesura nos engaña; con frecuencia la fortuna no brinda con sus favores á los más dignos; diosa inconstante revoltea aquí y allá á tenor de sus caprichos. La causa de ello es que existe un poder superior que nos domina, del cual dependen todas las criaturas. MANILIO, IV. 95.

Y bien mirado, diríase que nuestras deliberaciones y consejos dependen igualmente de la fortuna, la cual con su fuerza é incertidumbre arrastra también nuestro juicio. «Razonamos temeraria y casualmente, dice Timeo en un diálogo de Platón, porque, como nosotros, nuestros juicios participan grandemente del acaso.»

CAPÍTULO XLVIII

DE LOS CABALLOS DE COMBATE

Heme aquí convertido en gramático, yo que nunca aprendí las lenguas sino por rutina, y que ignoro á estas horas lo que sean subjuntivo, adjetivo y ablativo. Páreceme haber oído decir que los romanos tenían unos caballos, á los cuales llamaban *funales* ó *dextrarios*, que conducían con la diestra ó guardaban en lugares de relevo para servirse de ellos en caso necesario; de aquí proviene que nosotros llamemos *dextriers* á los caballos de servicio, y el que nuestros viejos autores digan ordinariamente *adestrer* por acompañar. Llamaban también los antiguos *desultorios equos* á dos caballos que estaban educados de tal suerte, que corriendo á todo galope y yendo á la par, sin brida ni silla, los caballeros romanos, aun encontrándose armados, se arrojaban y volvían á arrojar de uno en otro en medio de la carrera. Los jinetes nómadas llevaban á la mano un segundo caballo para cambiar en lo más rudo de la pelea: *quibus, desultorum in modum, binos trahentibus equos, inter acerrimam saepe pugnam, in recentem equum, ex fesso, armatis transsultare mos erat: tanta velocitas ipsis, tamque docile equorum genus!* Hanse visto muchos corceles enseñados á socorrer á sus amos, ir derechos hacia quien les presentaba una espada desnuda y arrojarse sobre él á bocados y á coces; pero acontece con frecuencia que ocasionan mayor daño que provecho á quien tratan de defender, pues no pudiéndolos abandonar fácilmente, una vez desbocados, el jinete queda entregado á las fuerzas del animal. Tal desgracia aconteció á Artibio, general del ejército persa, en un combate contra Onesilo, rey de Salamina, en que ambos sostuvieron la lucha de hombre á hombre; montaba el primero un caballo educado en aquella escuela, que fué causa de su muerte, pues el escudero de Onesilo dió un guadañazo en las espaldas á Artibio, que le derribó por tierra, de encabritado como estaba su caballo. Y lo que los italianos cuentan de que en

1. Como aquellos de nuestros jinetes que saltan de un caballo á otro, los nómadas acostumbraban á llevar dos corceles; completamente armados, en lo más recio del combate, se lanzaban del animal cansado al de refresco. ¡Tan grandes eran su agilidad y la docilidad de sus caballos! TRO Livio, XXIII, 29.